

Burón Díaz, Manuel. *El patrimonio recobrado. Museos indígenas en México y Nueva Zelanda*. Madrid: Fundación Jorge Juan – Marcial Pons, 2019. 399 pp.

El patrimonio recobrado, primer libro de Manuel Burón, ofrece un tipo de análisis nada común entre nosotros. Por su temática y su enfoque, este libro ambicioso de su joven autor, historiador atento a la antropología de manera ejemplar, nos ofrece un modelo de investigación comparada –entre elementos distintos, pero por ello precisamente ricos en contraste y matices–, que el propio autor sugiere podría dar lugar a otras aplicaciones, a fértiles estrategias de comparación entre otros posibles casos. El libro es, en efecto, un sólido estudio sobre el *patrimonio* –como sabemos, un asunto de permanente actualidad e interés en la vida pública–, elaborado a partir de un detallado análisis de algunos museos *comunitarios* o, como el propio autor prefiere decir, museos *indígenas*. Museos de reciente aparición (un par de décadas o poco más), localizados, para esta investigación, en dos lugares bien alejados del planeta, Nueva Zelanda y México, e inscritos en realidades bien diversas, tanto geográfica como culturalmente; por tradición histórica y por composición étnica, por sus respectivos procesos de descolonización y, en consecuencia, por la cultura política dispar que resultó de todo ello, ambas muestras de museos indígenas permiten al autor componer un estudio, muy bien trabado, de gran profundidad.

Es, más concretamente, un texto sobre ciertas prácticas y ciertos usos de *nación* y, en su marco concreto, de *comunidad*; prácticas político-sociales, de función cohesiva, que aquellos museos llevan a cabo, implicándose como organismos identitarios de alta eficiencia dentro del respectivo marco estatal, reformulando así la herencia recibida, hay que insistir en que muy distinta en cada caso. Los museos estudiados aquí por Burón han sido elegidos por el autor, para este estudio comparado, por su común capacidad performativa a la vez que por su profunda diferenciación. En cualquier caso, constituyen una realidad nueva y fascinante, muy alejada de esa otra significativa y culminante institución cultural de un país que encarna, todavía, la institución que fuera concebida como museo *nacional*.

A su vez, creados, custodiados e inspirados (en sus funciones, en sus valores simbólicos y en sus pautas rituales), siempre, por las comunidades locales (de fundamentación étnica o genealógica en Nueva Zelanda, y de carácter municipal o vecinal en México), esos nuevos museos se mantendrán de modo permanente, un tanto paradójicamente –como interpreta y muestra Manuel Burón–, bajo la guía discreta (es decir, desplazada de foco, oculta o secundaria) de la antropología posmoderna. Es importante, en toda la obra, la presencia de James Clifford, quien escribió, ya comenzado el tercer milenio, que “los paradigmas de la experiencia y de la interpretación” estaban siendo sustituidos, ya en aquellos momentos, por “los del diálogo y la polifonía.”

Con gran pericia conceptual y madurez, el autor de este estudio –formalmente de gran complejidad–, va desgranando de manera impecable la presentación de las herramientas conceptuales que con rigor utiliza para elaborar sus hipótesis y ofrecer-

nos los resultados del trabajo de campo. Una investigación que es altamente original, de indudable interés, y que, por fortuna, se presenta retóricamente muy cuidada, elaborada a la luz de un andamiaje teórico denso y rico, que combina elementos de la antropología y de la crítica cultural con el respaldo propio de la formación de historiador. A mi modo de ver, en un texto como este, a lo largo de todas y cada una de sus páginas, se deja ver de manera transparente cuán fértil puede ser el mestizaje de disciplinas en la formación humanística y científico-social.

La densidad teórica que va organizando el discurso de Burón en *El patrimonio recobrado*, su constante dimensión hermenéutica, no estorba en absoluto la lectura del texto, hay que advertirlo ya por si surgieran dudas. Mas, eso sí, hacen que la lectura haya de ser atenta, forzosamente exigen concentración y seguimiento cómplice para su perfecto engranaje. Son muchas las ideas y los datos que ofrece este ejercicio sobre *patrimonio recobrado*; nada sobra en el texto, pero asimismo nada se reitera inútilmente –solo si se considerare preciso para proseguir el relato.

A través de un modelo así, de una tan sugerente argumentación sobre instituciones que, en principio, nos serían ajenas, pero que pronto llegan a convertirse en centros de nuestro interés, tanto el gran museo neozelandés Te Papa Tongarewa –de acusada espiritualidad maorí y llamativa vocación de espectáculo, a la vez–, como esos modestos museos oaxaqueños –tan pobres en ocasiones, y de tan remoto emplazamiento, que apenas los visitaríamos si no fuera por la pericia con que Burón alienta la curiosidad del visitante–, a través de esos dos recorridos que convergen, arribaremos al punto de destino que confiere sentido, significación, al viaje emprendido. Deseoso de seguir al investigador en sus recorridos entusiastas por cuantos rituales y ceremoniales de convivencia y de identidad hacen de los museos indígenas potentes núcleos de acción en el seno de sus comunidades indígenas, no hará falta advertir a estas alturas, a todo hipotético visitante futuro, que en *El patrimonio recobrado* distará de encontrar una guía de museo o una orientación al uso sobre sus contenidos. Y mucho menos aún se enfrentará el lector, al abrir estas páginas, a un texto sobre la organización de los museos, una pieza encuadrable en la museología convencional.

Lo que fuera en su día, aun no hace mucho tiempo, la tesis doctoral de su autor –dirigida por Jesús Bustamante y Pilar Ponce, en el CSIC y el Instituto Ortega-Marañón, de la UCM–, halla ahora su adecuado encaje en la colección “Ambos Mundos” (de la editorial Marcial Pons), que dirigen Juan Pimentel y José María Portillo. Consta de tres capítulos, amplios y de armazón potente, perfectamente delimitados en sus respectivas problemáticas y en sus correspondientes contenidos. En el primero de ellos, destinado a dar cuenta del marco general que ha inspirado el estudio y el andamiaje teórico que lo sostiene, se aborda la postura crítica de las comunidades indígenas frente a la museística tradicional (colonial y neocolonial) y la representación identitaria que les ha sido dada. Los procesos de construcción cultural que aquí se describen tendrían su origen, precisamente, cuando los objetos coloniales expuestos en los principales museos del mundo comienzan a ser vistos de otra manera, no ya como muestras de una expansión ligada al progreso de las naciones y, en general, del mundo, sino al contrario, como la prueba del expolio y la indebida apropiación, como el registro memorial del desposeimiento de una autenticidad originaria y colectiva.

En estrecha relación con ese proceso de deconstrucción y, a la vez, de *nueva* construcción, interrelacionados, se aborda la lectura de las muestras empíricas de resignificación de objetos culturales y de prácticas que serían abordadas por las comunidades mexicanas y neozelandesas estudiadas a lo largo del texto, con sus pe-

cularidades respectivas y mecánicas propias. La completa inversión del paradigma antropológico clásico, como muestra Burón a través de su minuciosa investigación documental, de fuentes orales, entrevistas y, sobre todo, observación, va siendo engranada y contextualizada, en los dos capítulos monográficos, a partir de todos y cada uno de los objetos que son considerados *patrimonio*. Un patrimonio cultural que, obviamente, “se agrupa y se dota de significado según los diferentes contextos históricos y los intereses políticos en pugna” (p. 14). El texto tiene, pues, una dimensión política que el autor comparte con los estudios culturales: el museo es, realmente, un pedazo de la arena política.

El capítulo 2 se destina a México, y lo que allí nos presenta Burón es, ciertamente, la realidad histórica y cultural que en principio quedará más cercana a la experiencia intelectual de la mayoría de los lectores hispanos. La fuerte excepcionalidad mexicana en el contexto de la colonización española, el acusado componente prehispánico (especialmente azteca) que sostiene su idea de nación, la tensión cultural y política establecida a partir del componente indígena, son el sustrato en el que viene a inscribirse esa fuerza creciente de los museos indígenas americanos en los que México ha sido pionero, y a partir de la cual se han creado otros muchos en toda América. Se abordan en el libro, concretamente, las creaciones llevadas a cabo por determinadas comunidades de Oaxaca –foco desde el que ese modelo de museística comunal ha irradiado–, con los museos indígenas de los Valles centrales (artesanías textiles en el valle de Tlacolula), la región Mixteca, la Sierra Norte y Mixe, allá donde se ha materializado, en fin, el declarado propósito del museo local de ser, de cara a la comunidad, una herramienta privilegiada de conocimiento y el espacio central de una praxis colectiva.

El capítulo 3 es el que trata, obviamente, de Nueva Zelanda, con su particular modelo de unión nacional, basada en la articulación de dos culturas del todo diferentes, la “Gente de la Tierra” y la “Gente del Tratado”, Y es la presentación, con la completa contextualización histórica que Manuel Burón nos ofrece, del Museum of New Zealand Te Papa Tongarewa en Wellington –una realidad institucional bicultural, gestionada en exclusiva por las tribus maoríes–, la que acabará de mostrar al lector la agudeza de percepción de realidades diferentes, incluidas espiritualidades que nos quedan lejanas, que el autor de este libro disfruta. Una serie de ilustraciones bien pensadas, más un glosario final y un aparato crítico –lo mismo que la bibliografía– ponderado y medido, ayudarán sin duda a unos y a otros a retener como lectura útil, en igual grado que placentera, la gran cantidad de elementos novedosos que componen este mosaico de teoría y práctica, tan bien encajado por Manuel Burón Díaz, y, desde su comienzo, tan sorprendente.

Me permitiré terminar con una cita textual tomada del propio cierre del autor a su obra: “no sin cierta paradoja”, puede leerse en la página 291, “el proceso de reapropiación patrimonial indígena que aquí nos ha ocupado dice tanto de nosotros como de las comunidades a las que beneficia. Y quizás también, al igual que se acudía a aquellos fastuosos museos decimonónicos en busca de lo exótico, de otras culturas fascinantes en su lejanía y su extrañeza a la nuestra, debemos ahora acudir a estos nuevos museos indígenas a conocernos mejor a nosotros mismos”.

Elena Hernández Sandoica
Universidad Complutense de Madrid (España)
elena@ucm.es